Domingo 4 del Tiempo Ordinario (A)

PRIMERA LECTURA
Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde
Lectura de la profecía de Sofonías 2, 3; 3, 12-13

Buscad al Señor, los humildes, que cumplís sus mandamientos; buscad la justicia, buscad la moderación, quizá podáis ocultaros el día de la ira del Señor. «Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde, que confiará en el nombre del Señor. El resto de Israel no cometerá maldades, ni dirá mentiras, ni se hallará en su boca una lengua embustera; pastarán y se tenderán sin sobresaltos.»

Sal 145, 7. 8-9a. 9bc-10 *R. Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.*
El Señor mantiene su fidelidad perpetuamente, él hace justicia a los oprimidos, él da pan a los hambrientos. El Señor liberta a los cautivos. R.
El Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos, el Señor guarda a los peregrinos. R.
Sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente, tu Dios, Sión, de edad en edad. R.

SEGUNDA LECTURA
Dios ha escogido lo débil del mundo
Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 1, 26-31

Fijaos en vuestra asamblea, hermanos, no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; todo lo contrario, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar el poder. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor. Por él vosotros sois en Cristo Jesús, en este Cristo que Dios ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención. Y así -como dice la Escritura- «el que se gloríe, que se gloríe en el Señor».

EVANGELIO
Dichosos los pobres en el espíritu
Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó, y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablar, enseñándoles:
-«Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.
Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados.
Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra.
Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.
Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.
Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los Hijos de Dios.
Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.
Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.»

¿Quién es feliz?

El capítulo 5 del evangelio de Mateo abre con las Bienaventuranzas el gran discurso programático de Jesús que llega hasta el capítulo 7, y en el que expone las líneas maestras del Reino de Dios, cuya cercanía anuncia y que él mismo porta en sí. Una larga tradición eclesial ha querido ver en este "Sermón de la montaña" la proclamación de la Nueva Ley del Evangelio, en paralelo con la promulgación de la Ley que Dios dio a Israel por medio de Moisés en el Sinaí (cf. Ex 19). De hecho, no es difícil descubrir similitudes, aunque también saltan a la vista los contrastes. Jesús, como Moisés, sube a la montaña; es allí, en la cima, en la cercanía con Dios, como tiene lugar la revelación de la voluntad divina, que es ley para los creyentes. Jesús aparece como el nuevo Moisés, por medio del cual Dios nos comunica su voluntad. Pero enseguida destacan los contrastes. El monte de las bienaventuranzas no es una montaña imponente, casi inaccesible, sino una agradable colina cerca del lago de Genesaret. A diferencia de Moisés, que

debía subir sólo, mientras el pueblo permanecía a distancia lleno de temor, con Jesús suben sus discípulos, que se acercan a él: no es el temor, sino la confianza lo que preside la proclamación de la nueva ley del Evangelio. En ella, aunque no se dé una ruptura, sino una profundización y un perfeccionamiento (cf. Mt 5, 17), se abre un nuevo mundo de valores, una nueva forma de relación del hombre consigo mismo, con los demás y con Dios.

En este marco, Jesús no comienza hablando de normas, de deberes, de prohibiciones, no nos ofrece una lista de mandamientos que sustituyan o complementen a los de la Antigua Ley, sino que hace una solemne declaración sobre la auténtica felicidad. No lo hace teóricamente, por ejemplo, enunciando la esencia y las condiciones de la felicidad verdadera; sino que nos dice sencillamente quiénes son realmente bienaventurados, dichosos, felices, benditos.

Lo cierto es que esa declaración, aunque suene muy bien en los oídos, no puede dejar de chocarnos. Debió chocar a sus propios discípulos, porque contradecía una teología de la retribución fuertemente arraigada en el Antiguo testamento, según la cual la prosperidad es signo de bendición divina, mientras que las desgracias (pobreza, enfermedad, llanto, sufrimientos) son castigos recibidos por los pecados. Pero le choca también a nuestra mentalidad cotidiana, que tiende a asociar espontáneamente fortuna y desgracia con méritos y deméritos (como cuando, ante cualquier infortunio, decimos o pensamos "¿qué he hecho yo para merecer esto?")

Y he aquí que Jesús invierte esta lógica y declara felices y dichosos a los pobres, a los que lloran, a los que sufren, a los que tienen hambre y sed... ¿No es esto un absurdo? ¿No está Jesús contraviniendo no sólo la lógica de vida humana, sino también nuestras aspiraciones más elementales y legítimas? ¿Es que hemos de *desear* padecer necesidad, sufrir, llorar...? ¿No tendría razón el filósofo Nietzsche cuando expresaba su desdén por esta moral de rebaño, por este culto de la debilidad, que desprecia las alegrías de la vida? ¿De qué está hablando realmente Jesús?

En realidad, Jesús está hablando de sí mismo. Jesús es un nuevo Moisés, pero al que supera infinitamente, pues Moisés se limitaba a transmitir la ley que había recibido de Dios, mientras que Jesús habla "con autoridad", es decir, desde sí mismo. Es más, él mismo es la nueva ley, porque es el hombre que lleva la ley escrita en su corazón. Jesús no hace como hacen con frecuencia los hombres (los poderosos, los políticos, en el fondo, más o menos, todos), que exigen a los demás los sacrificios que ellos no tienen que hacer, que predican lo que no cumplen, que ven los toros desde la barrera. Jesús no nos dice: sed felices aunque seáis pobres, estéis sufriendo o no tengáis un pedazo de pan que llevaros a la boca. ¿No era él el que daba de comer a la multitud, porque le daba lástima de ella y no quería despedirla con el estómago vacío (cf. Mt 15, 32)? ¿No es él, precisamente, el que al tiempo que proclamaba la Buena Noticia curaba toda clase de enfermedades y dolencias, del cuerpo y del espíritu (cf. Mt 4, 23-24)? Así pues, Jesús no es un embaucador que nos dice que nuestros males son en realidad bienes, así que lo que tenemos que hacer es conformarnos con ellos y, encima, estar contentos.

Jesús habla de sí, y nos dice que es feliz y dichoso porque es el Hijo amado de Dios Padre (cf. Mt 3, 17); y que esa dicha la quiere compartir con todos, está abierta a todos de manera incondicional. Dios derrama su bendición por medio de su Hijo y, en él, todos pueden experimentar la misma dicha, también y especialmente aquellos que, según la mentalidad tradicional, estaban excluidos de ella: los pobres, los que sufren, los tristes... Y para mostrarnos que esto es así, él mismo ha asumido la condición humana con todas sus limitaciones:

- Él es el pobre, pues "siendo rico se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza" (2 Cor 8, 9);
- Él es que llora con el que llora (cf. Rm 12, 15), el que siente compasión (cf. Mc 6, 34), el que se conmueve y llora por la muerte de un amigo (cf. Jn 11, 33. 35);
- Él es el que "tenía que padecer mucho y sufrir la muerte" (Mt 16, 21);
- Él es el que en el desierto sintió hambre (cf. Mt 4, 2) y en la cruz gritó "tengo sed" (Jn 19, 28);

- Huelga decir que Jesús es el misericordioso (Lc 6, 36), el limpio de corazón capaz de ver a Dios (cf. Mt 4, 17; 17, 5), el que nos trae la paz (cf. Jn 14, 27), el perseguido por la justicia.

Jesús ha asumido todas estas situaciones para hacernos partícipes de su dicha, de su bienvanturanza. En cierto sentido, puede decirse que ha venido a traérnosla haciendo suyas todas las situaciones que pueden hacernos sentir excluidos de la dicha verdadera, de la bendición de Dios.

Aunque antes hemos aludido a la mentalidad del Antiguo testamento y su forma de entender la retribución, existen ya allí numerosos indicios que anticipan la Nueva Ley del Evangelio, según la cual Dios está de parte de los pobres y de los excluidos, de modo que los avatares desgraciados de esta vida, que no dependen de Dios, sino de un uso incorrecto nuestra libertad, son objeto de su bendición. La primera lectura es un muy buen ejemplo de esa anticipación, y la carta de San Pablo a los Corintios recuerda en la misma línea que no son nuestros méritos (morales, intelectuales, sociales, etc.), sino la bondad y el amor de Dios los que guían la elección de que hemos sido objeto.

No debemos entender estas bienaventuranzas (al estilo de Nietzsche) como un canto a la resignación y la pasividad. Si nos fijamos bien, podemos distinguir dos series complementarias de bienaventuranzas: las primeras hablan de situaciones que pueden no depender de nosotros, de desgracias que nos pueden sobrevenir, como la pobreza, la desgracia que nos hace derramar lágrimas, los sufrimientos de diverso signo, el hambre y la sed. La segunda serie habla, por el contrario, de actitudes personales que hemos de asumir libremente. En realidad, la bienaventuranza de los que tienen hambre y sed marca la transición, porque no se trata sólo (aunque también) del hambre y la sed física, sino el hambre y la sed de justicia, esto es, una aspiración por un bien por el que es posible luchar. Algo parecido puede decirse de la pobreza, que no es sólo la pobreza económica y social (aunque también), sino que habla además de una elección libremente asumida. No se trata, pues, de aceptar sumisa y pasivamente lo que nos pueda venir, sino de comprender que cualquier desgracia que nos suceda (y en esto no hay quien esté libre de ello, por muy rico o sano que sea) no es signo de la maldición o el castigo de Dios, y que no hemos de desesperar por ello: Dios mismo en Jesús comparte nuestros padecimientos. Se trata de comprender que, más allá de la fortuna o las desgracias sobrevenidas, existen otros bienes, bienes superiores, ofrecidos a todos sin distinción, y que no dependen de la suerte o la fortuna, sino de nuestra libre capacidad de decidirnos por ellos: luchar por la justicia y estar dispuesto a sufrir por ella, limpiar el propio corazón de todo lo que lo mancha y enturbia nuestra mirada (las pasiones, el odio) y nos impide ver a Dios en su creación y en los demás, tratar de superar los conflictos y no de provocarlos o enconarlos... Nada de esto habla de pasividad, debilidad o resignación, antes al contrario. Jesús parece decirnos que son dichosos los que viven con dignidad, los que no venden su alma, aunque por ello tengan que pagar un alto precio en términos de felicidad en este mundo (sea pobreza, persecución, etc.)

Sí, es cierto, si tratamos de vivir con dignidad, podemos sufrir penalidades, pero alcanzamos un género de felicidad que nadie nos puede arrebatar (cf. Jn 16, 22). No podemos garantizar la riqueza, el éxito, el poder o la fama, en caso de que todas estas cosas nos interesen mucho, pues dependen de múltiples factores que no están en nuestras manos. Hacer de ellas la meta principal de nuestra vida nos puede llevar a perder nuestro alma, nuestra libertad, nuestra dignidad. En cambio estos otros bienes de que nos habla Jesús sí que dependen de nosotros, a ellos debemos aspirar sobre todo, aunque sin descuidar los bienes materiales necesarios para la vida, pues en aquellos se decide la felicidad plena, el sentido de nuestra existencia, la recompensa de una vida plena en comunión con Dios.

No se trata de un ideal irrealizable. Es un ideal encarnado en Jesús, por lo que ya está operando entre nosotros. Para poder vivir ya en esta dicha, en esta felicidad y bienaventuranza tenemos que hacer como hicieron los discípulos entonces: acercarnos a Él y dejar que nos enseñe.